

I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2009.

Salvar la ciudad.

Ortiz Molinuevo, Santiago.

Cita:

Ortiz Molinuevo, Santiago (2009). *Salvar la ciudad. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-020/80>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SALVAR LA CIUDAD

Ortíz Molinuevo, Santiago
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Se propondrá una lectura posible de la República de Platón en la que el vector será la separación entre la verdad y la persuasión. La filosofía propondrá una argumentación que persuade porque guarda su fundamento en las cosas que son, mientras que el canto de los poetas trágicos, sin establecer esa relación con las cosas que son, sin embargo persuade. Situando esta separación se abordará la crítica platónica a los poetas trágicos y una posible relación de estos con la aparición de la democracia en la Grecia antigua.

Palabras clave

Verdad Persuasión Separación Democracia

ABSTRACT

TO SAVE THE CITY

One will propose a possible reading of Plato's Republic in which the vector will be the separation between the truth and the persuasion. The philosophy will propose an argumentation that persuades because it guards his foundation in the things that are, whereas the singing of the tragic poets, without establishing this relation with the things that are, nevertheless persuades. Placing this separation will approach to the platonic critique to the tragic poets and a possible relation of these in the appearance of the democracy in the ancient Greece.

Key words

Truth Persuasion Separation Democracy

Yo vine en busca de un poeta, ¿con qué fin? Para que la ciudad se salve y pueda continuar con el teatro. Y cualquiera de los dos que vaya a aconsejar a la ciudad algo provechoso, a ése pienso llevarme.

Aristófanes, *Las Ranas*

En la lectura de la *República* de Platón puede notarse cierta insistencia por parte de Sócrates en que lo que persuade es la verdad. Aquel que habla con conocimiento funda su discurso en las cosas que son y esto hace que ese discurso sea verdadero. Este discurso podrá salir victorioso de todas las objeciones que los posibles interlocutores hagan, supongamos en una asamblea, ya que funda su demostración no en la apariencia sino en la esencia.[1] El que conoce no engaña al otro, no lo fascina[2], sino que lo disuade de su opinión equivocada a través de su discurso que, al estar fundado en lo verdadero, es infalible. Persuasión y verdad quedan aquí unidas.

Por otro lado quedan los discursos que no están fundados en lo verdadero. Estos sólo se orientan por apariencias y al no entrar en relación a la luminosidad de las cosas que son andan vagando en las tinieblas del desconocimiento. A diferencia de los discursos fundados en lo verdadero estos sí yerran, se manejan exclusivamente en el plano de la opinión. Dentro de este grupo entran, en principio, los poetas trágicos. De hecho esta es la primera crítica que les hace Platón: los poetas hablan sin conocimiento.

Hasta el momento uno podría sencillamente decir que la persuasión es un efecto que produce un discurso verdadero y a la inversa, un discurso que no guarda su fundamento en la verdad no persuade, si no fuera porque el canto de los poetas no entra del todo en esta clasificación. Platón nota que por más que los poetas canten sin conocimiento, estos producen un efecto en quien lo escucha.[3] Dice: "Bien sabes que los mejores de nosotros cuando oímos a Homero, o a cualquiera de los poetas trágicos, imitar a un héroe en la aflicción que colma con sus gemidos un largo discurso, o canta golpeándose el pecho, no sólo sentimos placer

y acompañamos al héroe con nuestra simpatía, sino que admiramos seriamente el talento del poeta que ha logrado conmovernos hasta ese extremo.”[4] Esto es un problema: el poeta trágico dice apariencias de verdades y sin embargo conmueve hasta el extremo. En esta necesidad de unir y demostrar la unión entre persuasión y verdad por parte de Sócrates podemos comenzar a leer su separación, y ésta aparece especialmente en el canto de los poetas[5].

Sócrates le pregunta a Glaucón: “Pues bien sabes a lo que quedan reducidas las obras de los poetas cuando se les quita su colorido musical. Lo habrás observado, sin duda. ...¿No es cierto que se parecen a los rostros de las personas que fueron jóvenes, pero no hermosas, cuando pierden la lozanía?”[6]. Si le sacamos al canto del poeta su colorido musical este pierde su encanto. Entonces, el efecto que produce lo dicho no guarda su fundamento en lo verdadero. Se trata de una práctica de la palabra que seduce, que afecta, que conmueve hasta el extremo -y es tomado por verdad por quien escucha-, pero no persuade porque dice algo verdadero sino que su fundamento reside en lo dicho mismo. Cuando queremos remitir ese efecto de conmoción que produce sólo nos encontramos con esos restos, con “ese rostro que ya ha perdido la lozanía”. Eso ya no está ahí: aparece una profunda discordancia.

Ahora bien, si nos situamos en el ámbito del gobierno de la ciudad esta separación cobra una potencia especial. Pensemos en la asamblea: allí los ciudadanos ponen a consideración del pueblo sus consejos acerca de lo conveniente para la ciudad. Se van contraponiendo argumentos poniendo así en juego cierta división que es constitutiva del cuerpo político.[7] Al no haber un discurso verdadero lo que hay son consejos puestos a consideración del pueblo ante cada circunstancia. Esta división del pueblo en argumentos contrapuestos conduce al *dêmos* a un punto en el que no queda más que la decisión, y como tal, sin garantías. La decisión queda en manos del *dêmos* transformándolo en ese mismo acto en el sujeto político soberano. Entonces, esta discordancia se reproduce en el plano político manteniendo la función de gobierno fluctuante en la palabra misma. Es decir, es la palabra la que tiene la función de gobierno, y a través de ella el pueblo. De esta forma, podríamos pensar que esta separación está permitiendo que la democracia sea posible.

“No hay un discurso que hable con verdad”. Tal vez podríamos nombrar así el espíritu que habitaba a la asamblea ateniense del siglo v a.C. El puente entre el lenguaje y lo que es estaba roto dejando allí sólo lo más conveniente. Entiéndase: el consejo a la ciudad que más persuade como conveniente. En la asamblea lo que cuenta es poder persuadir a los allí presentes, y no necesariamente con un argumento fundado en lo que es. Podemos ver cómo a la sombra de la práctica de la palabra de los poetas trágicos encontramos a un enorme número de maestros de la persuasión, que en la primera mitad del siglo v a.C., venían desde los distintos rincones del mundo griego hacia la floreciente Atenas: los sofistas. Pero, a la vez que esta separación entre la persuasión y la verdad posibilita el gobierno del *dêmos*, guarda también sus peligros: aparece allí cierta seducción de la tiranía. Platón entiende que este es el problema de la democracia: al no tener referencia a la verdad, esta corre el riesgo de ser seducida por gobernantes aduladores y caer en una tiranía.[8] Entonces, esta separación es el peligro y a la vez lo que la sostiene. La democracia allí se hace, es en la medida en que se sostiene esa tensión. En la Atenas decadente del siglo IV a.C., se impone como necesidad “salvar la ciudad”. Aristófanes en *Las Ranas* hace bajar al Hades a Dioniso en busca de un poeta que traiga su consejo a la ciudad. Platón busca otra salida: opta por suprimir la separación entre la verdad y la persuasión, y quienes van a lograr esto son los filósofos. El segundo paso será que quienes practican la filosofía tengan a su cargo el gobierno de las ciudades. Sócrates lo dice con todas las letras: “A menos que los filósofos reinen en las ciudades o que cuantos ahora se llaman reyes y dinastías practiquen noble y adecuadamente la filosofía, que vengan a coincidir una cosa y otra, la filosofía y el poder político, y que sean detenidos por la fuerza los muchos caracteres que se encaminan separadamente a una de las dos, no hay, amigo Glaucón, tregua para los males de las ciudades, ni tampoco, según creo, para los del

género humano...”.[9]

Platón entiende que el problema de la democracia es que no tiene una referencia a la verdad y que por eso mismo existe el peligro de la tiranía. Pero al resolver la tensión que hay en la democracia en un decir que diga verdad, gobierne y que por lo tanto salve a la ciudad de la caída en la tiranía, disuelve la democracia misma. Nos encontramos aquí en una encrucijada: la tensión y lo que molesta de la democracia es, a la vez, lo que permite que *ésta esté siendo*. Platón al querer salvar la ciudad de su caída *salvando* esta separación no hace más que precipitarla. Decía Nietzsche en el Crepúsculo de los ídolos: “...es un autoengaño por parte de los filósofos y los moralistas creer que salen ya de la *décadence* por el hecho de hacerle la guerra. El salir es algo que está fuera de su fuerza: lo que ellos escogen como remedio, como salvación, no es a su vez más que una expresión de la *décadence* - *modifican* la expresión de ésta, pero no la eliminan.”[10]

Una y otra vez, a lo largo de todo el diálogo Platón vuelve contra los poetas. Los poetas seducen, hechizan con palabras parecidas a verdades, conmoviendo y tiranizando el alma. Ellos *dicen* a la separación entre la verdad y la persuasión, y por tal razón se vuelven inconciliables con la ciencia que propone salvación de la ciudad. Ellos serán catalogados como los panegiristas de la tiranía[11] y por tal razón no admitidos en la ciudad. Nos resulta muy interesante -y tema de futuras investigaciones- que en el mismo momento en el que se “salva a la ciudad” por medio de la filosofía se impone la necesidad de no admitir ciertos individuos de la polis. No sólo eso: una de las tareas que se impone como necesaria al político-filósofo es, además de amar a la verdad, la de *extirpar* como hace el apicultor, a los zánganos para que no estropeen la colmena. Podemos ver en la simiente misma de Occidente este *movimiento* que se va repetir a lo largo de toda su historia: la necesidad de extirpar determinado grupo de personas junto a la necesidad de salvación.

NOTAS

[1] Cf. *República*, 534b-c

[2] *Rep.* 413c

[3] *Rep.* 601a.

[4] *Rep.* 605d.

[5] Sobre este tema puede consultarse Dettiene, M (1983). *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Madrid: Taurus. y Cacciari, M. (2000). *El hacer del canto*. En *El dios que baila* (pp.11-56). Buenos Aires: Paidós.

[6] *Rep.* 601b

[7] GALLEGO, J (2003): La capacidad desvinculante de la política popular. En *La democracia en tiempos de la tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política* (pp.195-234). Buenos Aires: Miño y Dávila.

[8] Cf. 564^a. “Es, pues, natural... que la tiranía no pueda surgir de ningún otro sistema de gobierno sino del democrático; es decir, que a la más extrema libertad suceda la mayor y más cruel esclavitud”.

[9] *Rep.* 474d

[10] NIETZSCHE, F.(2001). *Crepúsculo de los Ídolos* (p.49). Madrid: Alianza.

[11] *Rep.* 568b.

BIBLIOGRAFÍA

CACCIARI, M. (2000) *El hacer del canto*. En *El dios que baila* (pp.11-56). Buenos Aires: Paidós.

DETTIENE, M. (1983) *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Madrid: Taurus.

GALLEGO, J (2003) *La capacidad desvinculante de la política popular*. En *La democracia en tiempos de la tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política* (pp.195-234). Buenos Aires: Miño y Dávila.

NIETZSCHE, F. (2001) *Crepúsculo de los Ídolos* (p.49). Madrid: Alianza.

PLATÓN (1980) *República*. Buenos Aires: Eudeba.

PLATÓN (1969) *La República*. Madrid: Instituto de estudios políticos.